

Martín Camps / University of the Pacific / Congreso de Colombianistas en USD

Sábado 5 de agosto, 2017, 10-11:40 am. / “Intervenciones mediáticas y audiovisuales” KIPJ, AULA 219 / Música y radio 1929-1941/ Revistas culturales mitad de siglo /youtubers

**Novela de vanguardia desde el periodismo: *4 años a bordo de mí mismo*  
y la poesía como reportaje.**

*4 años a bordo de mí mismo* (1934) de Eduardo Zalamea Borda<sup>1</sup> (1907-63) además de ser una de las primeras novelas modernas de Colombia es uno de los primeros ejemplos de la literatura de viaje en América Latina a principios del siglo XX. En este ensayo me propongo estudiar la novela como un ejemplo de la vanguardia con énfasis en la poética de los sentidos y también por sus aspectos de narrativa de viaje en sus descripciones de la Guajira a partir de un joven personaje de 17 años en busca de sí mismo. Esta también la novela de un periodista que hace uso de la poesía para registrar los ambientes tórridos, para usar esta palabra de las novelas escritas en la época, como es el caso de *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera que exploraba la selva y los llanos durante la fiebre del caucho y también de otro libro de esos años, *Viaje a pie* (1929) de Fernando González Ochoa y sus descripciones y elucubraciones filosóficas del occidente colombiano como lo ha estudiado Angélica González Otero. Mary Louise Pratt, en su estudio sobre literatura de viaje y transculturación, evalúa la mirada europea que construye el viaje con un interés científico de apropiación de los recursos ajenos, América se presentaba, desde los escritos de Alexander von Humboldt en el siglo XIX, como una tierra de inmensos recursos

---

<sup>1</sup> Su hermano, Jorge, también era un notable escritor, autor de *El gran Burundún-Burundá ha muerto* en contra del gobierno de Laureano Gómez. También fue embajador en México de 1943-45.

naturales dispuestos al saqueo. En la obra de Zalamea Borda encontramos ejemplos de lo que Pratt denomina “contact zones” entre la cultura citadina y de la Guajira donde persisten resabios de condiciones coloniales.

A Zalamea Borda se le conoce también por ser el primero en publicar un cuento de García Márquez y poemas de Álvaro Mutis. García Márquez lo llamaba su “Colón” y le publicó su primer relato en el suplemento sabatino *Fin de semana* el 13 de septiembre de 1947 titulado “La Tercera Resignación” sobre un joven muerto viviente después de unas fiebres tifoideas que habitaba en un féretro por 25 años con un tratamiento de auto nutrición, un cuento con herencias de *La metamorfosis* de Kafka. Zalamea Borda fue ante todo un periodista de *El Espectador* y director del suplemento literario. Además colaboró en la revista *Contra-Ataque, Vida y Revista de Indias*, y en periódicos como *La Tarde* y *El Liberal*. Además representó a Colombia ante la Liga de las Naciones y como delegado ante la Unesco. En la noticia al final de la novela se indica que el libro se escribió en las oficinas del periódico “La Tarde” en una máquina Underwood de la cual apunta juiciosamente el número de serie. En la redacción del periódico *El Espectador*, Zalamea Borda, junto con Guillermo Cano Isaza y Gabriel García Márquez serían los artífices de este medio, donde competían para ver quién era el mejor mecanógrafo y conseguía fundir literatura con periodismo, como lo hizo con esta novela donde hace uso del monólogo interior y otros recursos joyceanos, después de todo el pseudónimo de Zalamea era “Ulises”. En 1930 publica en doce entregas sus crónicas de su viaje a la Guajira que serviría de base para la novela; Pineda Botero conjetura que la novela era precedida por un diario de viaje que fue rescrito (33). En 1952 perdería parte de los originales de su siguiente novela *La cuarta batería* (también sobre su experiencia en la Guajira) después de un incendio en el periódico.

Como otros escritores de la época que experimentaron con la vanguardia y los distintos “ismos” como el estridentismo, ultraísmo, creacionismo, utilizo como ejemplo comparativo de estos rompimientos con el modernismo, la poesía de Luis Vidales (Calarcá, 1904-Bogotá 1990). Con su poemario *Suenan timbres* (1926) hace uso de las metáforas novedosas que se alejan del costumbrismo y provincialismo, por ejemplo en su poema “Nubes” que describe como “las naciones que hacen el mapa del día”. Vidales mismo dice después que su libro se agotara en un solo día: “Bogotá era una aldea, sin cine, sin deportes, sin servicio cablegráfico que la conectara con el mundo y hubo quizás un momento en que el sensacionalismo lo representé yo”. Como otros escritores vanguardistas, estaban atentos a los cambios tecnológicos, teléfonos, elevadores, trenes, automóviles y su incorporación en experimentos literarios. Su poesía captura las reverberaciones urbanas, por ejemplo sobre el teléfono: “El teléfono es un pulpo que cae sobre la ciudad. Sus tentáculos se enredan en las casas.” En *Suenan timbres* hay una intención visual, como en los topoemas de Octavio Paz o en los experimentos plásticos de Apollinaire y los concretistas brasileños; en su poema “La preguntona” el signo de interrogación semeja el humo que sale de la pipa, dice “sobre mi pipa tiemblan los signos perfectos”.

En *4 años a bordo de mí mismo* hay rastros visibles de la vanguardia, el crítico Eduardo Jaramillo ve también atributos de una “novela cubista” (33) compuesta de recuerdos fragmentados como las memorias de un diario tardío, la reconstrucción de un viaje escrito en las oficinas de un periódico. Esto en comparación con otras novelas vanguardistas en el contexto mexicano, por ejemplo, *Novela como nube* (1925) de Gilberto Owen, *La rueda del aire* (1930) de José Martínez Sotomayor, *Señorita etcétera* (1922) de Arqueles Vela, *Return Ticket* (1928) de Salvador Novo, siguen el patrón común de la fragmentación, los soliloquios, superposición de espacios y tiempos y el registro de la celeridad de las nuevas tecnologías e imágenes futuristas

acorde con los movimientos pictóricos de principios del siglo XX como el surrealismo o el dadaísmo.

En *4 años a bordo de mí mismo* el cuerpo es el vehículo donde transcurre el viaje, en las ventanas de los cinco sentidos que aprisionan el mundo. Los veintiocho capítulos están subtítulos con la minuta de la sección como en las novelas de aventuras a la *Robinson Crusoe*. El viaje parte de la ciudad, marcada por las “lucecitas pequeñas de las bombillas eléctricas” (118 versión Kindle). El personaje está por zarpar del puerto en la goleta “El Paso” donde pronto se apaga la excitación del viaje y debe ahora combatir con la acedia, dice: “Comienza ya a mordernos el tedio con sus engranajes aplastantes. Nos sentimos tan solos individualmente, a pesar de que estamos rodeados de miradas!” (162). Todos los sentidos están atentos a registrar los acontecimientos del viaje, por ejemplo: “También la piel tiene memoria –memoria táctil- y guarda el recuerdo de las temperaturas” (177). El destino del viajero es la península de la Guajira de cara al mar Caribe, lugar que reúne diversas castas indígenas, como los wayuu, kinqui e ika, Zalamea también había escrito artículos sobre los indígenas epinayúes y epiyués (Pineda Botero 23).

El viaje es también un rito de iniciación en la búsqueda de sí mismo, de amoríos y aventuras de juventud. Al principio de la novela su centro de atención es Meme, una hermosa mestiza de holán blanco. El narrador describe también los sabores a bordo como el sancocho “con grandes ojos de grasa y los pedazos de pescado blanco que se deshacen entre la boca” (205). Dice “[s]oy –como se habrá podido observar- un muchacho –hablo en 1923- que tiene grandes facultades para aburrirse por falta de movilidad” (241). El muchacho sale en tren hacia la costa con un exiguo capital, dice: “El tren corría sobre campos oscuros, horadados en veces por campesinas luces trasnochadas. Labranzas verdes de pastos, de papas y trigos. Sembrados

donde el maíz lanzaba su alegre carcajada vegetal en las mazorcas” (277). La última oración es de manufactura vanguardista por el inusual hallazgo del maíz que lanza una carcajada vegetal haciendo referencia a los granos como dientes. En el viajero palpitan también los primeros conquistadores: “Y yo voy ahora hacia ella, como fueron Colón en su tercer viaje, Alonso de Ojeda en 1499 y Las Casas. Yo voy también, a la manera de los conquistadores. Voy a conquistar la vida, el pan y el amor. No llevo sino mi juventud, mis músculos, \$135, 6 cuellos, 8 pares de medias y 3 camisas, además de dos vestidos viejos y uno bueno” (318).

El viajero va haciendo registros de las sorpresas que encuentra en su trayecto, por ejemplo, sobre Cartagena dice: “lo que más me gustó de Cartagena fueron los nombres de las calles: Calle de la Media Luna, Calle de las Ventanas de Hierro, Calle de los Santos de Piedra [...] calles llenas de mujeres, de turcos comerciantes, de negritos impertinentes, de gritos de vendedoras de pescado” (414). Lentamente el autor nos va trazando una postal de los sitios que visita, salpicada con imágenes vanguardistas como: “el calor, que subía repentino del estómago, era como una flecha de fuego hacia el cerebro” (448) o al describir la mirada de una moza de 20 años: “le brillaban los ojos como vasos llenos de un vino oscuro” (455) o al notar que un hombre siempre tiene la boca cerrada: “como si temiera que se le cayeran los dientes al abrirla” (552).

El capitán de la goleta gana su interés como en otras narrativas marítimas de Melville, Stevenson o Defoe, un capitán que había tenido un pasado de contrabandista y que hacía viajes nocturnos en una goleta negra, decía que al izar las velas en silencio “parecía que se levantara sobre la cubierta una procesión de fantasmas negros” (462). El viaje y la Guajira son el símbolo de la aventura, atrás queda la ciudad fría, dice: “vamos a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (611). El viajero profesa su amor al mar, a las olas y las mareas e inesperadas tempestades, dice “he visto radas coloreadas por soles distantes,

donde los pescadores duermen a la sombra de las velas, cansadas y sucias” (633). Más adelante imagina todos los viajes que podría hacer en el futuro, por ejemplo, las islas Fakland, Fidji, el golfo de Obi, el de Anadir y el archipiélago de las perlas. “La quilla de nuestra nave rayaría como un diamante vagabundo el vidrio de todas las aguas” (653).

Como otros escritores vanguardistas, Zalamea Borda muestra interés en la visualización de los números, como el poeta mexicano Gilberto Owen dice en *Novela como nube* sobre una mujer, de nombre Eva, que le entrega a Ernesto su teléfono “que es una procesión de cisnes: 2222222” (23). En Zalamea existe este interés exacto, por ejemplo cuando dice sobre el número dos: “El amor, los 2 sexos, las 2 piernas, los 2 ojos, los 2 senos, los 2 labios, las 2 manos, los 2 oídos. El hombre rige y gobierna el número 2. El amor, el beso, la unión de 2 cuerpos, de donde nace el número 3” (701). Al final de ese capítulo, las tablas de multiplicar se conjugan con el nombre de Meme y Mamá y dice enigmático “Sobre mi cabeza, extraordinarios y matemáticos, vuelan los submarinos” (803).

El viaje está salpicado de canciones, después de todo la costa Caribe es la cuna del vallenato, como esta copla de Meme: “La mujeres de Riohacha / son como el palo florío, / que, appena le dicen argo, / “Mamita, quiero marío...” (757). Hay también una idealización de los marineros que “cantan, con las redes en las manos” (875) y distingue en las aguas una balandra vieja “llena de cadenas oxidadas y velas sucias, borracha de vientos, ebria de viajes, de velocidad y de saltos sobre las espumas” (875). Además, hay una crítica al cine de Hollywood que por esas décadas consolidaba su influencia cultural, reprocha que no entienden el mar, dice “quieren industrializarlo, como si fuera una vulgar caída de agua. Industrializarlo, como han industrializado el beso, por medio del cine. Y cómo besan esos galanes cinematográficos” (882). Hay que recordar que Zalamea había sido también reseñista de cine de la cartelera bogotana.

En la novela se detallan las descripciones minuciosas de sus observaciones, dice “[a] mí, me gusta mirar lentamente las cosas, poco a poco, como saboreando ruidos, colores y perfumes, con toda la profundidad de mis sentidos. En la observación radica la verdadera sabiduría” (889). De esta observación minuciosa resalta una sensualidad en los encuentros furtivos, en la exploración del erotismo, por ejemplo las mujeres que se untan aceite de coco que él llama un “lubricante eficaz del deseo” (1045). Como un rito de iniciación de juventud la novela refleja también el desfogue sensual (que escandalizó la sociedad católica de su época), dice con un interés matemático: “[s]on esos besos que damos a la primera mujer que encontramos una noche en la calle y que nos lleva a su casa y a su sexo. De manera, pues, que de una mujer los únicos besos utilizables son los 10 primeros y los 2 últimos” (964). En otra imagen de corte vanguardista registra ahora el ruido de los autos y lo equipara con el nombre de una mujer: “Cómo se llamará? Será el suyo un nombre sonoro como el ruido de la bocina de un automóvil vertiginoso en una noche de placer?” (1060).

Como en las novelas regionalistas que oponen civilización contra barbarie y los personajes son “tragados” por el circunvalante de la selva, “el desierto verde” o por la infinita pampa o los llanos venezolanos, la Guajira es el contraste con la vida en Bogotá: “Vida de aeroplanos y transatlánticos. De jazz y de automóviles. De mujeres vestidas con su desnudez, esas mujeres que en Bogotá, y en ciertos lugares del cuerpo, tienen la temperatura costeña” (1126). La ciudad es también una vorágine de la velocidad y del alcohol que fluye a la velocidad del cinematógrafo: “Vida cinematográfica, rápida, rápida, como un pensamiento, como un arrepentimiento. Y todo se va confundiendo en mi cerebro. Mescolanza arbitraria que hace la ginebra en las cavernas cerebrales” (1133). En oposición, la Guajira es el territorio de la

diversidad pluricultural: “Guajira, Guajira, tierra de indios y negros y blancos que forman la tricolor bandera de la raza! De mi raza mestiza y mulata!” (1161).

Uno de los pasajes en la novela que pudo haber activado la creatividad de García Márquez, en particular de aquella obra maestra *El Coronel no tiene quien le escriba*, es la historia de un triste hombre que ha estado en la Guajira por 14 años y solo ha recibido 3 cartas: “Aquí sí que tarda en llegar el correo. Siquiera usted tiene en Bogotá quién le escriba. A mí me olvidaron –en sus ojos despunta una dulce tristeza-. Nadie me recuerda”. Y más adelante, en la novela de Zalamea se habla de un periodo terrible de hambre donde los sentidos se aguzan y los recuerdos de los olores cobran fuerza y la única esperanza es matar al gallo para comerlo en un caldo, coincidente con la historia de García Márquez.

*4 años a bordo de mí mismo* también se ha calificado como regionalista por capturar los sonidos fonéticos del habla, por ejemplo cuando Pablo le explica sobre el poder atrapante de la región, como la fuerza de la vorágine en otras novelas telúricas de la época: “Cuéntame, cachaco po qué te vinite pa la Guajira? Aquí nunca podrá hacé na. Se lo tiran a uno la india... Son mu mala y le dan a lo blanco y a lo negro un bebedizo que sacan de lo animale y de la yeba. Tú no volverá nunca a Bogotá.” (1259) El personaje sí logra salir de la guajira, pero no sin antes ingerir la cultura de la costa atlántica.

El capítulo once se subtitula “ron y cumbia” y en efecto hay un ambiente de fiesta y jarana, aparece el personaje de Kuhmare que deja en él un fuerte recuerdo. Dice “Aquí todos, viejos y jóvenes, aman, poseen a las mujeres, como si la virilidad creciera siempre y se rejuveneciera en la Guajira” (1865) Noches de bebida y baile donde todos gozan y Lole canta: “Ay, dame lo que te pido, / que no te pido la vida.../ De la cintura p’abajo, /de la rodilla p’arriba...!” (1894). La noche de alcoholes desemboca también en una tragedia, después de un



altercado con armas, un hombre cae en el suelo con un balazo en el pecho “con los ojos abiertos cubiertos de estrellas, y en la boca toda la oscuridad de la muerte” (2050). Por un momento el protagonista/narrador teme que ha sido él quien lo mató pero sabrá que no porque el calibre distinto de la bala.

En la Guajira continúan sus encuentros furtivos con mujeres, describe su escarceo con Rosita cuando trabajaba en las salineras haciendo uso del paisaje para describir su cuerpo: “mi mano se dirigió hacia uno de sus senos –tan erectos como la pila de sal!-. Se me llenó la mano de carne dura y de calor moderado” (2178). La época de pesca era la época cuando las ramerías hacían su agosto, ascendía el índice de natalidad y las enfermedades venéreas, dice “La lujuria queda registrada en el termómetro de la estadística” (2228). Paulatinamente se va aclimatando al nuevo lugar y se va frenando su deseo por el viaje, en un momento contempla sus pies descalzos como una entidad ajena: “Los pies que me han llevado a tantas tierras distintas. Que me han traído aquí, como hubieran podido llevarme a Tombuctú o a Bergen, a la Polinesia o a Vladivostok. Caprichosos y ágiles, quién sabe a dónde han de llevarme. O si se quedarán aquí algún día, fatigados de andar en pos de lo que nunca se alcanza” (2435).

La tensión que sostiene la última parte de la novela se suscita por el triángulo amoroso entre Víctor, Lola y Gabriel. Lola es la mujer de Víctor y aunque el narrador se siente atraído inicialmente hacia ella, se contiene por ser la mujer de su amigo, dice “Se levantó y entonces pude ver su cuerpo ágil y fuerte, que se movía dentro del vestido amplio, como el agua al verterse en el vaso” (2539). Pero la trama se complica cuando Lola queda embarazada de Gabriel y tiene que guardar silencio ante Víctor hasta que se percate por sí mismo al nacer el niño. En el intervalo de esta historia, se insiste en el tema del viaje, al mencionar su preferencia por los barcos pequeños: “yo soy un hombre de balandros pequeños, de botecitos minúsculos y

miserables como mi vida de perro vagabundo y hambriento” (3139). El narrador siente que debe marcharse a otra zona y seguir su camino de “vagabundo perenne” (3163). El narrador se percata del paso del tiempo, expresada también con cuentas y números, dice que ha vivido 9,766,560 minutos, es decir alrededor de 19 años, y dice que no ha hecho nada importante.

La capacidad poética de Zalamea se observa también en estos despliegues de imaginación, por ejemplo cuando habla sobre el ojo terrestre que no imagina la riqueza cromática de los fondos marinos y su “idioma suboceánico”: “El paisaje suboceánico despliega ante sus retinas ignorantes todos sus abanicos de maravilla y sus tesoros de luz. Allá abajo se agita y vive y crece y muere el mundo de los pólipos, de las medusas, de los moluscos...Allá en el fondo, canta una vida primitiva, la vida más antigua de la tierra y la más desconocida”. (3792) Lentamente crece en él la Guajira y sus descripciones se llenan de paisajes, peleas de gallos y borracheras.

Acercándose al final de la historia declara: “aquí se muere solo, o acompañado por unos hombres, que son más o menos cómplices de nuestra muerte” (83) una zona donde las noches de alcohol terminan en tragedias y son el resultado de estar vivo. Lentamente el personaje va perdiendo su deseo de viajar por doquier, dice “[e]l mar no se me sube a la cabeza como antes” (4000). La historia tiene su punto álgido con la llegada del parto de Lola y la tragedia de Víctor que corre agobiado al ver al niño de ojos azules diciendo que no es suyo y se arroja de un acantilado al mar. El viajero ha terminado su recorrido, decide regresar a Barranquilla y pone en su maleta los dos libros que lo han acompañado en el viaje: *Los trabajos y los días* de Hesíodo y *El viajero y su sombra* de Nietzsche. Se embarca de nuevo al lugar que marque “el destino de la rosa de los vientos del azar” (4420). Al regresar, se confronta de nuevo con la civilización y la mecánica. “Aquí, la tragedia y el dolor y la desnudez y el hambre y la miseria, se extienden hacia

el norte en una gran mancha de ocre y verde” (4448) hace un recuento por todo lo visto, los hombres que se matan por mujeres, mujeres que engañan a sus maridos, “al indio escarnecido y explotado; vi los vicios todos de las 5 ciudades malditas sueltos por el mundo” (4478), la tragedia, la felicidad de la mujer poseída y el grito del suicida, la dulce comida y el hambre y “a mi olfato han llegado todos los olores: el de la sangre mareante y mezclado siempre con la locura; el del amor, el del aceite de coco, el olor de la sal y del yodo del mar” (4493). En efecto, ha experimentado el estar vivo con sus cinco sentidos alertas, a bordo del galeón indomable de su cuerpo.

En resumen, *4 años a bordo de sí mismo* es una novela de estilo vanguardista que incorpora los cambios tecnológicos de principios de siglo, aunque no pertenece a un grupo definido como otros movimientos que se congregaban bajo la estética de un manifiesto<sup>2</sup>, sin embargo, se congregaban en un suplemento cultural y coincidían en la redacción de un periódico. La novela es también un ejemplo de las primeras narrativas de viaje que se contraponían a una mirada imperialista con fines de explotación de recursos. En Zalamea se pinta una postal fidedigna de la guajira con un sofisticado uso de metáforas y compuesto como un diario con los sentidos aguzados y dispuestos a capturar los detalles del viaje y la experiencia humana en un reconocimiento de la Colombia profunda.

---

<sup>2</sup> Ver el estudio de Vicky Unruh, *Latin American Vanguard*s que documenta a profundidad las vanguardias de nuestra región en las décadas de los veinte y treinta, sin olvidar los casos experimentales de Brasil.

## Bibliografía

- González Otero, Angélica. “La literatura de viajes en Colombia: Una aproximación al género a través de dos libros de viaje a principios de siglo veinte: Viaje a pie de Fernando González y 4 años a bordo de mí mismo de Eduardo Zalamea”. *Cuadernos de literatura*. 29 (2011): 80-94.
- Jaramillo, Eduardo. “La poesía en 4 años a bordo de mí mismo”. *Revista Casa Silva*. (1988) 29-42.
- Owen, Gilberto. *Novela como nube*. México: UNAM, 2004.
- Pineda Botero, Álvaro. *Juicios de residencia: La novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2001.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London and New York: Routledge, 1992.
- Unruh, Vicky. *Latin American Vanguards*. Berkeley: UC Press, 1994.
- Vidales, Luis. *Suenan timbres*. Bogotá: Minerva, 1926.
- Zalamea Borda, Eduardo. *Ulises en un mar de tinta: Obra periodística de Eduardo Zalamea Borda*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2015.
- . *4 años a bordo de mí mismo*. Edición Kindle, 2017.